

A Lupita le gustaba investigar..., entre otras cosas

Domenico Antonio Cusato
(Università di Catania)

Después de la publicación de su primera novela, *Como agua para chocolate*¹ – cuyo éxito fue amplificado por una afortunada adaptación cinematográfica² –, Laura Esquivel decide emprender el camino de escritora a tiempo completo. A partir de ahora, empieza a dirigir sus narraciones tanto a un público infantil como a un público adulto; y, para este último, insiste sobre todo en los temas culinarios y de la independencia femenina, manteniéndose en el marco del realismo mágico.

Para llevar adelante su compromiso a favor de la independencia de la mujer – que es lo que más le interesa –, en sus narraciones, que se desarrollan a lo largo de diferentes épocas históricas, se sirve de varios géneros: la novela de amor, como por ejemplo en la obra *Como agua para chocolate*, ambientada en los años de la Revolución mexicana; la novela histórica, como en *Malinche*³, situada en la época de la Conquista; la novela policial, género al cual se puede adscribir *A Lupita le gustaba planchar*⁴, ubicada en la época contemporánea.

Cabría precisar que esta última, que analizaremos aquí, es una novela policial muy peculiar, puesto que, si aún perdura un canon clásico, se aleja bastante de él. A este propósito, quiero remachar que Sabrina Costanzo – en la introducción del ensayo sobre *Cien botellas en una pared*, publicado en este mismo tomo –, considerando la multitud de divergencias del policial actual con respecto a las líneas primigenias, se pregunta, junto con otras estudiosas⁵, si es apropiado seguir hablando del policial como género o si más bien habría que considerarlo una peculiar manera de contar, puesto que, especialmente en América Latina, este tipo de producción literaria juega con sus principios constitutivos, rompe con los esquemas preestablecidos y se funde con otras tradiciones produciendo un proceso continuo de renovación e hibridación⁶.

Pero, a pesar de lo dicho, la novela sigue manteniendo su peculiaridad. Es verdad que la historia trata de un homicidio al que asiste directamente la misma Lupita, una mujer que trabaja de policía en la capital mexicana; pero esto no es suficiente para enmarcar plenamente la obra en el género negro convencional. Se puede añadir que hay una investigación y que se descubre un culpable; y, sin embargo, tampoco con estos elementos se alcanza una mayor adhesión al canon. Algunos temas colaterales que encontramos en la obra, como la corrupción de los altos cargos del Gobierno y una

¹ México, Planeta, 1989.

² La película, cuyo guión fue escrito por la misma Laura Esquivel, se rodó bajo la dirección del marido, Alfonso Arau, y se estrenó en 1992, un año antes que la pareja se divorciara.

³ Madrid, Santillana, 2006.

⁴ México, Suma de Letras, 2014. Sin embargo, en el presente trabajo, se utilizará la edición impresa en Barcelona, por la editorial Debolsillo, en 2018. En las citas, el título será abreviado en *A Lupita...*

⁵ Brigitte Adriaensen, Valeria Grinberg Pla, «Introducción a cuatro manos», in AA. VV., *Narrativas del crimen en América Latina. Transformaciones y transculturaciones del policial*, Berlino, LIT, 2012, p. 13.

⁶ Véase, *infra*, la ponencia de Sabrina Costanzo, *L'indagine e la sua negazione in «Cien botellas en una pared» di Ena Lucía Portela*.

situación social degradada, nos llevarían a colocar el libro en el marco del neo-policial latinoamericano, donde la fábula no es más que un pretexto para poner de relieve los aspectos sociopolíticos negativos del país. Pero, aun así, a la narración le siguen faltando algunos elementos fundamentales para formar parte plenamente de esta corriente. Y el que que más le falta es el elemento de la investigación del crimen.

Si nos fijamos bien, el segmento “policial” de la historia es muy sencillo. Lupita, estando de servicio en la calle, asiste al homicidio de Arturo Larreaga, delegado del Gobierno de Iztapalapa, considerado por la protagonista como uno de los pocos políticos mexicanos honrados. La mujer ve a Larreaga salir de su coche y, a los pocos segundos, caerse al suelo sangrando del cuello, como si alguien lo hubiese malherido con un arma. Pero la dinámica del delito parece envuelta en un denso misterio porque no se oye ningún disparo ni se encuentra un arma blanca que justifique el silencio en que sucede el crimen.

Mientras espera para entregar su informe, Lupita involuntariamente oye hablar a dos maleantes, y se entera de que el delegado se había vendido al hampa local. Pues, mientras oficialmente le había prometido al electorado indígena la devolución de un territorio sagrado perteneciente a sus antepasados, en realidad Larreaga les entrega aquellas tierras a unos traficantes de droga.

Así que el chamán Tenoch decide matarlo lanzándole un disco de obsidiana; y su voluntad no es tanto castigar al político como eliminar una de las muchas presencias negativas que impiden que el universo, que estaba entrando en una época de oscuridad por falta de justicia y moralidad, vuelva a recobrar la luz y el orden.

* * *

El descubrimiento del asesino (o del justiciero, según la interpretación), parece producirse más por intuición que por deducción detectivesca – tanto que es el mismo Tenoch quien le tiene que explicar a Lupita cómo llevó a cabo el delito –. En realidad, en esta historia lo que falta casi por completo es la parte investigativa, la que en las narraciones policiales se realiza habitualmente escarbando en el pasado de la víctima, y que, gracias a la recuperación de indicios y testimonios, permite reconstruir la dinámica del suceso criminal y descubrir al culpable.

Sobra decir que la estructura de las novelas policiales⁷ se basa en dos temporalidades fundamentales: en un plano del presente, encontramos a un investigador indagando sobre un homicidio; en un plano analéptico, a través de las informaciones que el detective recoge, se recupera la vida del personaje asesinado y

⁷ La fórmula «novela policial» (más común en Hispanoamérica) o «novela policiaca» (como se prefiere en España) ha creado una cierta confusión si se considera que el detective no siempre coincide con un funcionario de las fuerzas del orden. Según José F. Colmeiro, se puede aceptar esta denominación para todas las obras de indagación criminal, puesto que se ha establecido una relación metafórica «[...] entre el significante («novela policiaca») y el significado («narración de investigación criminal»), relación que se apoya en una sinécdoque del tipo «la especie por el género». De esta manera «novela policiaca» [...] designa [...] toda la narración inquisitiva alrededor del fenómeno del crimen (en la que es frecuente, pero no necesario, la participación de un detective, ya sea oficial, privado o aficionado». Cfr. José F. Colmeiro, *La novela policiaca española. Teoría e historia crítica*, prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 54.

los motivos del crimen. Sin embargo, en el caso de *A Lupita le gustaba planchar*, la cronología pretérita sirve para instruir al lector sobre la vida de la investigadora, y no de la víctima. Pues, según avanza la narración, nos vamos dando cuenta de la personalidad de la protagonista, y llegamos, poco a poco, a reconstruir su pasado. En esta reconstrucción, nos ayudan los títulos de los varios capítulos, cuyo *incipit* siempre es «A Lupita le gustaba...». Después del inicial «A Lupita le gustaba planchar», nos enteramos de que a Lupita le gustaba también «chupar», «lavar», «autocompadecerse», «chingar», «tejer y bordar», «bailar», «tener la razón», «observar el cielo», «la soledad y el silencio», «correr», «sembrar», «proteger», «deducir», «preguntar» y «hacer el amor». Así que, con la excusa de profundizar lo que le gustaba a Lupita, cada sección del libro investiga y analiza una parte de su carácter, remontándose al pasado de la mujer, para que el lector entienda la procedencia de su forma de ser y su temperamento actuales.

Véase, a modo de ejemplo, como desde el primer capítulo – por el que sabemos que le gustaba planchar –, ya en la tercera oración leemos:

La pasión por el planchado era una práctica que había heredado de doña Trini, su madre, quien lavó y planchó ajeno toda su vida. Lupita invariablemente repetía el ritual aprendido de su sacrosanta, mismo que iniciaba con el correcto rociado de la ropa⁸.

Lo mismo sucede en la primera página del segundo capítulo («A lupita le gustaba chupar»), donde, después de pocas líneas, encontramos una analepsis que nos informa que:

Su contacto con el alcohol comenzó en edad temprana. El alcohol fue la presencia más constante en su entorno familiar. No había fiesta o celebración donde el alcohol no estuviera presente. El día en que se puso su primera borrachera, sólo vio los beneficios que el alcohol ofrecía⁹.

Y lo mismo pasa en todos los sucesivos capítulos que, siguiendo una estructura idéntica, nos ofrecen una representación de la vida pretérita de Lupita.

Así que las muchísimas analepsis de la obra, deteniéndose sobre todo en el pasado de la protagonista, no refieren casi nada del político interfecto, como deberían hacer si la novela siguiese un esquema canónico.

Pero, a pesar de que los detalles sobre la detective mexicana sean abundantes, o tal vez precisamente porque lo son, su caracterización es bastante contradictoria. Por una parte, es presentada como una mujer débil, que necesita amparo; suficientemente tímida como para tener que agarrarse al alcohol y a las drogas para no sentirse fuera de lugar; no muy apuesta, ya que mide apenas un metro cincuenta y pesa setenta y tres quilos; llena de complejos de inferioridad y sentidos de culpabilidad... Y, sin embargo, resulta una de las pocas personas que tiene el valor de enfrentarse a la temible líder de los traficantes; de proteger físicamente a las mujeres del campamento indígena; de

⁸ *A Lupita...*, p. 11.

⁹ *Ibidem*, p. 21.

prostituirse con su jefe para que le haga favores laborales; de buscarse un nuevo novio provisional cada vez que sale a la discoteca... Ahora bien, si el carácter se hubiese presentado como la evolución cronológica de su debilidad inicial a una fuerte índole sucesiva, la construcción de Lupita habría resultado incluso interesante. Pero, en la novela, la mujer cambia repentinamente en cualquier momento de la narración, resultando así un personaje poco creíble. O, por lo menos, es el narrador extradiegético quien resulta un poco pretencioso cuando trata de imponerle al lector un retrato no convincente de la mujer policía. Desde luego, si la intención de la autora era la de construir un personaje feminista, no lo ha logrado.

Prescindiendo del indecoroso episodio en que Lupita se orina en los pantalones, en principio podríamos pensar que, a pesar de todo, la protagonista tiene las características del antihéroe inconformista, como muchos de sus colegas más famosos (por ejemplo, Philip Marlowe, salido de la pluma de Raymond Chandler o, para quedar en ámbito hispanoamericano, Mario Conde, creado por el cubano Leonardo Padura Fuentes). Y podríamos pensarlo porque también Lupita vive fuera de los esquemas y tiene una visión pesimista del mundo, sintiéndose frustrada en sus ilusiones y esperanzas. Con Mario Conde, además, tiene en común también un episodio parecido. Tanto ella como el detective cubano sufren una agresión por parte de unos matones que, creyéndolos muertos, los dejan tirados en el suelo. La descripción de la recuperación del desmayo es muy parecida en ambas novelas: los dos protagonistas se despiertan en un descampado, sin fuerzas para levantarse, y (lo que más acomuna los episodios) los dos personajes tienen una visión sobrenatural. Mario Conde, en su alucinación, se pone a hablar con una proyección fantasmagórica de Salinger; Lupita, para ir más allá del mero elemento onírico y entrar en el realismo mágico, más congenial a Laura Esquivel, tiene una visión de guerreros precolombinos. Véase en las siguientes citas – muy recortadas por obvias razones – el parecido entre los dos pasos. En el primero, vemos a Mario Conde recobrando conciencia:

Tenía fuego en la garganta, como si hubiera tragado un puñado de arena ardiente. [...] Lo sorprendió constatar que su cabeza seguía en el sitio de siempre, quizás un poco descentrada, aunque le resultó obvio que aquel bulto alterado no era la misma cabeza que había tenido hasta esa tarde [...]. [...] había tenido una conversación con un hombre pálido y lento, que había surgido de la más densa oscuridad [...]. ¿Por qué le parecían tan reales las imágenes de aquel delirio? [...] Anjá, J.D., J.D., repitió el Conde, satisfecho por haber acumulado las lecturas y meditaciones necesarias para merecer aquella confianza de poder llamarlo J.D. [...] ¹⁰.

En el segundo ejemplo, averiguamos cómo se recupera Lupita:

Lupita abrió los ojos lentamente [...]. El dolor era tal que lamentó haber regresado de donde andaba. [...] ¿Qué podía haber hecho para merecer esto? [...] Lupita nunca supo en qué momento empezó a tener compañía ni cómo era posible que ella pudiera ver

¹⁰ Leonardo Padura Fuentes, *La neblina del ayer*, Barcelona, Tusquets, 2005, pp. 241-244.

claramente [...] guerreros pertenecientes a uno de los primeros grupos originarios de Iztapalapa. [...] Por un momento pensó que estaba alucinando¹¹.

Pero, a pesar del parecido recién mencionado, la detective mexicana no tiene nada que ver con su colega cubano, ni mucho menos con el estadounidense. Al contrario de ellos (resolutos y cautivadores), Lupita es una mujer insegura, que sigue una terapia no sólo para salir de su adicción a la droga y al alcohol, sino también para aplacar el sentido de culpabilidad por haber matado accidentalmente a su hijo un día de borrachera. Y además, a pesar de los muchos flirteos que se le achacan, no conseguimos convencernos de sus encantos, después de la inexorable descripción física que la voz narrante nos dio al comienzo de la historia¹².

Ésta es pues la figura de la “principal” investigadora, aunque podemos calificarla con ese adjetivo sólo desde la perspectiva que vamos a plantear a continuación, porque en la novela el encargo oficial de descubrir al culpable le es conferido al comandante Martínez (de cuyo trabajo investigativo sabemos aún menos).

Lupita, pues, “principal” investigadora, es también la principal investigada. Y con esto, no aludo sólo a que al principio las autoridades locales, para cerrar lo más rápidamente posible el caso, la indican como probable asesina del delegado, sino a que hay una indagación psicológica que la misma detective realiza dentro de sí misma. Y esta exploración anímica se desarrolla gracias a los *flah-backs*.

Pues si es verdad que en la temporalidad analéptica no encontramos aquella pesquisa del canon clásico – que, como hemos apuntado, a partir de la vida de la víctima lleva al presunto criminal –, también es cierto que, de una manera o de otra, en este plano cronológico encontramos una investigación, y es la investigación íntima, la que lleva a la mujer al descubrimiento de su propio yo. Pues escandallando el fondo de su espíritu, llegará a tomar conciencia de sí misma y de su puesto en el mundo; y, una vez que consigue encontrarse y estar en paz con su propia alma y con el universo, puede esclarecer la neblina de su mente y concentrarse en el episodio delictivo, haciendo claridad también sobre el asesinato del licenciado Larreaga.

* * *

Lógicamente, esta investigación interior puede hacerla sólo en un espacio adecuado, lejos del frenesí de la ciudad. De hecho, uno de los temas privilegiados de Laura Esquivel es el de la vuelta a la naturaleza y a las tradiciones de los antepasados. Cuando, aunque malherida, se salva por segunda vez de la furia homicida de los traficantes – que habían decidido matarla porque tenía demasiadas informaciones sobre ellos –, Lupita va a pasar su convalecencia en un campamento indígena. En contraposición a la disfórica ciudad, donde se vive al compás de la violencia y del desasosiego, este nuevo lugar – tranquilo y sereno retrato de los orígenes – se convierte

¹¹ *A Lupita...*, pp. 99-105.

¹² Según Dori Valero Valero, en cambio, la diferencia substancial entre Lupita y los protagonistas de la novela negra (con los que ella, también de paso, hace una comparación) estriba en que éstos no son policías sino detectives privados. Cfr. Dori Valero Valero, *Del Baztán a México. A Amaia y a Lupita les gustaba ser policías*, en «Dossiers Feministes», n. 20, 2015, p. 90.

en el espacio eufórico por excelencia. Aquí, le es más congenial reflexionar sobre su vida pasada y presente, y recuperar también las tradiciones de los progenitores:

[...] lejos de la llamada «civilización», lo único que veía desde que abría los ojos hasta que los cerraba era la contundente belleza de una sierra que por las noches se dejaba cubrir por la niebla para desnudarse por completo en las mañanas. [...] La naturaleza y las muestras de generosidad de esas mujeres indígenas lograron que finalmente el alma de Lupita fuese capaz de concebir un poder superior. Una energía suprema que organizaba el movimiento de los astros, que regulaba los ecosistemas [...]. Lupita inevitablemente fue sanando día con día al mismo tiempo que sus huesos fracturados. [...] Después de veintiún días de «limpieza emocional» [...] logró sentirse parte de un espíritu que todo lo abarca, que todo lo renueva¹³.

A propósito de las tradiciones de los antepasados, no hay que olvidar que, desperdigados en la obra, hay varios fragmentos, con un título propio, en que se relatan mitos y leyendas del pueblo náhuatl, además de algún que otro episodio histórico de la Conquista. Posiblemente la escritora haya pensado que aquello ayudaría al lector a entender mejor algunas antiguas costumbres a las que hace referencia en la novela, y sobre todo que lo ayudaría a explicarse cómo y por qué Lupita ansía la recuperación de sus ancestros. Sin embargo, aunque muy de paso, hay que señalar que estos fragmentos a veces parecen ingenuas notas a pie de página, y que en alguna ocasión resultan incluso simplones y risibles. Para no alejarnos demasiado de nuestro tema, vamos a ver un solo ejemplo. Hay un momento en que, para exaltar el peinado y el atuendo tradicionales de las mujeres (o sea, las trenzas y el *huipil*) en contraposición a los modernos (es decir, la permanente y los pantalones vaqueros), se introduce un fragmento, titulado «Quinientos años antes», donde se puntualiza que, durante la Conquista, se castigaba con azotes, multas o prisión a quienes vistieran trajes indígenas:

Los españoles habían prohibido su uso después de la conquista pues consideraban que los indígenas tenían que asumir una nueva manera de hablar, de vestir, de comer y de actuar bajo sus órdenes. A todos aquellos que obedecían les era permitido vestirse y alhajarse a la usanza española, como recompensa por su sometimiento a las nuevas leyes¹⁴.

Es decir que, según la hilarante tautología, se gratificaba a los obedientes con el premio de permitirles vestir como se les obligaba por ley.

Pero, volviendo a nuestro tema, cabría recordar que el rescate de las tradiciones es muy importante para Laura Esquivel, tanto que los personajes de la comunidad indígena, que viven como los primeros nativos, están descritos todos de manera positiva, a partir del chamán (pese a su gesto homicida) hasta la última mujer. Igual de positivos resultan los ritos de purificación a los que Lupita asiste y la comunión que los indios tienen con la naturaleza, cuyas plantas – utilizadas como remedios medicinales – alivian y curan muchas enfermedades. En suma, todo el espacio del

¹³ *A Lupita...*, 143-145.

¹⁴ *Ibidem*, p. 89.

campamento resulta beneficioso, y lo anticipan las palabras del mismo Tenoch cuando lleva a la convaleciente a ese sitio:

Tenoch apagó el motor, descendió del automóvil, abrió la puerta trasera y le ofreció su brazo a Lupita para ayudarla a bajar. Lupita le preguntó:

–¿En dónde estamos?

–En un lugar seguro¹⁵.

Es precisamente a partir de este apego a las tradiciones y al medio ambiente originario que, como veremos, la obra deriva en una novela policial no convencional. La inobservancia al género que más destaca es la infidelidad a una de las principales normas, es decir la condena del culpable. La falta de un final consolador no solamente obstaculiza el triunfo de la justicia, sino que impide también la vuelta al orden social y moral, alterados por el suceso criminal.

Es cierto que, en el llamado *whodunit*¹⁶, la justicia y el retorno a las reglas civiles no son el aspecto precipuo, ya que lo que más cuenta es la investigación en sí y, al mismo tiempo, la implicación del lector para que, con los indicios diseminados en la obra, llegue a la solución del caso incluso antes que el detective. En este subgénero, pues, el crimen se propone como enigma, por lo cual importa sobre todo (o, a veces, solamente) entender quién lo ha cometido y por qué. Pero éste no es el caso de *A Lupita le gustaba planchar*, donde al descubrimiento del culpable se llega bastante antes del final (y – como ya se ha dicho – no por deducción investigativa).

Así que una explicación por la que el asesino puede salir impune es que, en un contexto socio-político donde impera una crónica desarmonía, no se puede exigir una vuelta a un inexistente orden anterior. La falta de castigo probablemente es una forma, más o menos consciente por parte de Laura Esquivel, de poner en crisis el concepto de orden social, denunciando su absoluta carencia en México, a causa de la corrupción a todos los niveles¹⁷.

Pero esta presumible voluntad de la autora se junta con otra más deliberada y evidente: exaltar lo tradicional, especialmente la espiritualidad indígena y la vida libre en medio de la naturaleza. Arrojada por un equilibrio y una armonía que ya no existen en la civilización actual, Lupita no puede por menos de adherirse a los ideales del carismático Tenoch, auspiciar una vuelta a los ancestros y considerar como violadores de los derechos del pueblo indígena a los corruptos que viven con el afán de acumular dinero; es decir, de acumular la riqueza fútil y caduca en contraposición a la riqueza interior. Tenoch, en este sentido, se aleja mucho de ellos, y además se demuestra un verdadero maestro espiritual, así que cualquiera de sus acciones no se puede considerar sino a favor de la comunidad autóctona. Pues, a pesar del homicidio, en esta perspectiva, más que un asesino, se le puede definir un justiciero, como ya se ha

¹⁵ *Ibidem*, p. 136.

¹⁶ Contracción del inglés «Who has done it?» («¿Quién lo ha hecho?»).

¹⁷ A este propósito se puede leer, entre otros trabajos, una conferencia de Aída Imelda Valero Chávez, *Violencia social en México: su impacto en la seguridad ciudadana*, publicada en <http://www.umdcipe.org/conferences/DecliningMiddleClassesSpain/Papers/Valero.pdf>

señalado; o, antes bien, un héroe, como seguramente lo reputa Lupita. Además, según la perspectiva indígena, a la víctima no le ha causado ningún daño, sino lo contrario: para volver a formar parte del universo del cual estaba excluido, Larreaga necesitaba morir y pasar a través de un rito de purificación. Es normal, pues, que a la protagonista no se le ocurra denunciar a un ungido por los dioses del pueblo náhuatl, ese pueblo que, en el recogimiento de la paz campestre, ella ha descubierto al descubrirse a sí misma en su dura investigación introspectiva, una investigación seguramente más ardua que las policiales.